

Gonzalo Giner

Entre amigos

Disparatadas aventuras y tiernas
anécdotas entre animales, sus dueños
y unos cuantos veterinarios



Gonzalo Giner

Entre amigos

Disparatadas aventuras y tiernas
anécdotas entre animales, sus dueños
y unos cuantos veterinarios

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Gonzalo Giner, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Iconografía: Grupo Planeta

© de las ilustraciones del interior, © Luis Doyague

Primera edición: marzo 2022

Depósito legal: B. 1.961-2022

ISBN: 978-84-08-25470-6

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Rodesa

Printed in Spain – Impreso en España



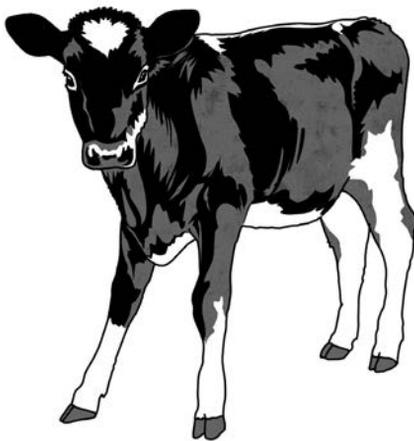
El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

ÍNDICE

Confieso que...	11
I. De actividades paranormales, confusiones, momentos extraños y situaciones de vida o muerte	17
II. De curiosas procedencias, graciosos equívocos, nombres raros, animales metidos a actores y otros casos de singular solución	59
III. De comidas raras, equívocos, clientes muy resolutivos, abuelitas espléndidas y hasta de <i>agustinos</i>	103
IV. De aquellos dueños que despliegan delante de los veterinarios unos comportamientos un tanto extraños	131
V. Extraordinarias historias de amor, héroes de cuatro patas y algún que otro veterinario en apuros	185
VI. De animales que se comportan como humanos y de humanos que se comportan como, bueno, ya sabéis...	247
Relación de veterinarios que han ayudado a hacer <i>Entre amigos</i> con sus anécdotas	281

|

**De actividades paranormales,
confusiones, momentos extraños
y situaciones de vida o muerte**



Cuando crees que lo has visto todo en el transcurso de una consulta médica veterinaria aparece Beatriz, de Villanueva de los Infantes, para contarnos lo que en una ocasión le sucedió.

Aparece un perro en la clínica con molestias en el oído derecho. Se llama Pipo. En palabras de su dueño, desde que había vuelto del campo la tarde anterior, no paraba de quejarse.

Se le realiza un examen general para pasar a continuación a revisar los oídos con la ayuda de un otoscopio. En uno de ellos aparece una espiga dentro del canal auricular. Siguiendo el protocolo para la extracción de cuerpos extraños, nuestra veterinaria coge con una mano el otoscopio y con la otra las pinzas de cocodrilo, pero como le faltaba una más para tirar hacia arriba del pabellón auricular y facilitar así la operativa, pide amablemente al dueño que la ayude.

—Cuando yo se lo diga, tire por favor de la oreja.

Una vez tenía todo preparado para la extracción, Beatriz miró al dueño y le dijo:

—¡Ahora!

Para su sorpresa, el hombre agarró la oreja de la veterinaria y tiró de ella con todas sus ganas, convencido de estar haciendo lo que le pedía.

María Jesús nos traslada una divertida historia que vivió en primera persona hace unos cuantos años. La protagonizó una de sus clientas, propietaria de un gato y de una casa con un generoso jardín.

El animal, según le explicó un día, en cuanto caía la tarde obligaba a su dueña a abrirle la puerta que daba al parterre y se pasaba todas las noches fuera de casa sin aparecer hasta la mañana siguiente, cuando exigía que le dejara entrar para recuperar y hacer buen uso de sus dominios diurnos.

Nada de extrañar, tratándose de un gato...

Una noche, la propietaria del escurridizo animal tuvo que acudir a casa de su vecina para comentar un asunto sobre el jardín que compartían y se llevó una monumental sorpresa.

Nada más entrar en el salón, se encontró con su gato, cómodamente tumbado en un cojín, al ladito de un radiador, rodeado de un montón de juguetes.

De primeras se quedó de una pieza, miró incrédula al animal y tardó unos segundos en reaccionar.

—Pelusa, ¿tú qué haces aquí?

Su vecina, más extrañada todavía, dijo:

—¿Pelusa? Pero ¡qué dices! No, no, ese es Bigotes, mi gato...

Después de una breve discusión sobre la pertenencia del animal, llegaron a la conclusión de que todas las mañanas, en cuanto amanecía, la vecina que lo disfrutaba por la noche se veía obligada a dejarlo salir y le perdía el rastro durante todo el día, sin saber que se iba a casa de la otra. Por lo que, una vez aclarado el entuerto, entendieron que el animal había decidido disfrutar de dos casas: una de día y otra de noche.

Las dos habían llevado al gato a diferentes veterinarios para realizar las periódicas revisiones: vacunación o desparasitación. Así fue como uno de los dos clínicos que atendían al animal entendió por qué el día que había planificado extraerle un colmillo roto, por ejemplo, en el momento de la exploración, la pieza dentaria ya no estaba. Su segunda propietaria lo había llevado a operar antes a otro profesional.

Sin duda, aparte de listo, terminó siendo uno de los gatos más sanos y controlados del barrio.

Mi querido amigo Candás, desde su práctica diaria en vacuno de leche dentro de la provincia de León y alrededores, nos comenta la siguiente anécdota, que, aunque sea breve, refleja como ninguna otra el despiste que provocan ciertos términos cuando la persona no maneja el diccionario ganadero.

Cuando los veterinarios decimos que vamos a hacer *un lavado a una vaca* esta no deja de ser una fórmula rápida para explicar cómo vamos a enfrentarnos a una metritis, que es una infección del útero; una afección bastante común en las vacas recién paridas que, si no se cura a tiempo, puede complicar la siguiente concepción o incluso comprometer la vida del animal.

El procedimiento incluye una palpación rectal para identificar la zona más inflamada, a lo que le sigue la introducción de un catéter vía vaginal con el que se infunde una dosis de antibióticos y otros medicamentos que contribuirán a resolver la inflamación.

Los ganaderos están habituados a escuchar esa expresión.

Pero la mujer de la que nos hablará Candás, no.

Candás acude a una vaquería como respuesta a un aviso y le recibe una paisana a la que no reconoce. La

mujer da muestras de no estar demasiado habituada al trabajo en una vaquería. Le acompaña hasta la cuadra y señala la vaca que tiene el problema. Nada más identificar lo que tiene la vaca, nuestro veterinario dice en alto, sin pensar:

—Lo que necesita esta vaca es un *buen lavado*.

La mujer, ni corta ni perezosa, se marchó sin decir nada. Pero lo que menos pudo esperar nuestro protagonista fue verla volver al cabo de unos minutos con un cubo lleno de agua, un cepillo de cerdas y la botella de detergente, preguntando:

—¿Por dónde quiere que empiece?

Por suerte para nosotros, hay muchas anécdotas de dueños que no pillan demasiado bien lo que se les explica o se aturullan a causa de los nervios que les asaltan durante la explicación del problema que tiene su animal. Alguna, como la siguiente que os invito a leer, es muy breve, pero no por ello menos representativa y ciertamente graciosa.

Nos la cuenta Javier, desde Almería.

Javier recuerda que, hace unos años, acudió a la clínica un cliente con su perro aquejado de una dermatitis atópica bestial, una afección de la piel caracterizada por un intenso picor, enrojecimiento, pápulas y poco pelo. En el caso de este animal, la enfermedad estaba demasiado cronicada, pues se rascaba de forma continua. Dicho de otra manera, el hombre no se había preocupado por la salud de su mascota durante mucho tiempo.

Al pasar al perrito a la consulta para el conveniente chequeo, Javier comentó al propietario que el aspecto exageradamente húmedo que tenía la piel se debía al abundante exudado que producía el animal, como consecuencia del rascado intenso al que se sometía a sí mismo. A lo que el propietario, que no paraba de subirse y bajarse las mangas del jersey, de colocarse el cuello

de la camisa bajo el jersey y de ponerse y quitarse mil veces las gafas de cerca, medio anulado por sus propios nervios y que tuvo que escuchar mal lo que acababa de comentar su veterinario, le respondió:

—Doctor, usted dirá lo que quiera, pero no estoy de acuerdo. Mi Tony no ha sudado y cuando digo nada es nada. Hemos venido sin la menor prisa y no le he hecho correr... ¡Mírelo mejor!

La doctora Susana, desde Canillas, en Madrid, nos cuenta lo siguiente. Un día entró una joven en la clínica y se dirigió a la recepcionista preguntando si tenían «trasbordadores para gatos». Nuestra veterinaria estaba a su lado revisando el correo.

La empleada abrió los ojos de par en par, se imaginó a un felino con casco y traje espacial embarcado en una nave de la NASA, en una misión trascendental para la humanidad, miró a Susana y le entró la risa.

La joven, mosqueada, se lo tomó fatal y no demostró tener el más mínimo sentido del humor, porque cuando Susana le dijo que no tenían *trasbordadores*, pero sí *transportines* para gatos, se fue enfadada, cerrando de golpe la puerta.

Tras el asunto de la NASA, a la clínica de Susana, que llevaba una semana viviendo un buen puñado de situaciones anormales, se le sumó una más, con un hombre que apareció en consulta con un hámster. En esta ocasión, lo atendió uno de sus compañeros, de origen vasco, muy campechano él, quien después de explorar al animal acarició la espalda del roedor con un dedo, carraspeó y no midió demasiado sus palabras cuando le trasladó al dueño su pronóstico:

—Es posible que, con lo mal que está, pierda el ojo...

Al día siguiente, se personó de nuevo el cliente y le atendió Susana. El hombre, sin pronunciar una sola palabra, abrió la mano, miró a los ojos a la veterinaria, le tembló un labio, señaló con un dedo lo que le estaba mostrando y, después de tragar saliva con evidente dificultad, habló:

—Tenía razón su compañero: el hámster terminó perdiendo el ojo. Pero en casa nos pusimos a ello y tuvimos suerte, y mira que es pequeño, pero lo encontramos dentro de la jaula.

Susana, con los ojos abiertos como platos, no supo qué decir. Pero no hizo falta preguntar nada más, porque el hombre le resolvió cualquier duda.

—Se lo he traído para que se lo vuelvan a poner...

«**M**e sigue costando contar esta anécdota sin que se me ponga la carne de gallina, aún estoy impresionada», me confesaba Luján desde Oviedo. El hecho sucedió hará unos tres años y la responsable era la típica gata depauperada a consecuencia de una insuficiencia renal crónica; para su desgracia, diagnosticada demasiado tarde.

Visto que no tenía solución, los dueños accedieron a su eutanasia.

Luján pidió permiso para experimentar con ella —cuando ya hubiera fallecido—, y no les pareció mal. Por lo que, una vez quedó sedada tras administrarle el eutanásico, probó a meter una sonda esófago-gástrica para practicar y mejorar su técnica. Cuando se necesita administrar alimentación algo más sólida a un animal por un tiempo indeterminado, esa es la mejor solución. Pero para introducir la sonda se ha de sedar antes a los gatos, y no deja de ser un procedimiento complejo, dado que, una vez localizado el punto de entrada en el esófago, se ha de cortar la piel para introducir el tubo y fijarlo después con unos puntos de sutura. La técnica es delicada y a Luján le venía bien ganar un poco más de experiencia con el animal fallecido.

Luján estaba en ello cuando, de forma inexplicable, la gata empezó a mover la cabeza hacia los lados y a morder el tubo. Ella jura y perjura que estaba muerta, aunque lo volvió a comprobar y no una vez, ¡sino cinco! Porque cada vez que reiniciaba la práctica, el animal lanzaba mordiscos a la sonda. ¡Hasta le sonaban los dientes de tanto castañear y rechinar!

«Sé que cuesta creerlo, pero las contracciones musculares empezaron a ser tan fuertes que me resultó imposible introducirla más y desistí —dice Luján—. Solo le faltó incorporarse y ponerse a andar de forma automática, como los zombis de las películas... Me vinieron a la cabeza algunos títulos. Eso sí, no he vuelto a investigar con cadáveres.»